

15. La verdadera fuente de la unidad

¿De dónde empieza la unidad de los discípulos de Cristo? ¿De dónde se alimenta? Parece una pregunta inútil y, sin embargo, no es cierto que lo sepamos realmente, porque si lo supiéramos, cuando nos faltara la unidad, la comunión, inmediatamente acudiríamos a la fuente para encontrar o restaurar lo que hemos perdido o estamos perdiendo. Jesús ha educado a sus discípulos en la comunión fraterna; él siempre los corrigió y los reprendió cuando empezaban a pelear, a tratar de ser uno más grande que los otros. Sin embargo, en esto no tuvo mucho éxito durante su vida terrenal, tanto que Lucas narra que fue incluso durante la última Cena, justo después de que Jesús hubiese instituido la Eucaristía, cuando los apóstoles comenzaron a discutir sobre "quién de ellos debía ser considerado el más grande" (Lc 22,24). ¡Realmente no habían entendido nada! Pero también nosotros, nuestros celos y divisiones, nuestras disputas, explícitas o secretas, sobre quién es el más grande, que abundan y persisten incluso en las comunidades monásticas, también nosotros las vivimos en la presencia de Cristo, que da su cuerpo y derrama su sangre para nuestra salvación.

Jesús corrige de inmediato a sus discípulos, los invita a la humildad en las relaciones comunitarias, es decir, a considerar a los demás como superiores a nosotros mismos, porque Él es el primero que está entre nosotros "como el que sirve" (Lc 22,27).

Pero incluso en aquella escena, como en tantas otras escenas del Evangelio, uno percibe que los discípulos no entienden, que no captan la invitación de Jesús, que realmente no escuchan, de la misma manera que no escucharon realmente durante los tres años que vivieron con Él. Si lo hubieran hecho, no habrían llegado a discutir ante Él hasta el último momento para ser considerados mayores el uno sobre el otro.

¡Qué obtusos somos! Nunca entendemos verdadera y definitivamente el Evangelio de Jesucristo, y es como si nunca aprendiéramos a ser lo que Él es entre nosotros. Basta pensar en lo poco que vivimos recordando su muerte en la Cruz por nosotros. Si lo pensáramos, si tuviéramos una conciencia viva y ardiente de ello, ¡cuánta más gratitud, cuánta más capacidad de servicio y sacrificio animarían nuestra vida diaria, nuestras relaciones, el uso del tiempo y las cosas!

¿Por qué somos tan duros, obtusos, lentos para entender y vivir lo que Cristo vino a traer al mundo, a pesar de que ello nos fascina, nos atrae, pues de lo contrario no seríamos cristianos practicantes y menos aún personas comprometidas en una vocación de consagración particular?

Pero cuando nos hacemos estas preguntas, cuando nos sentimos escandalizados por nuestra opacidad y lentitud, después de todo, es precisamente ahí donde cometemos el error más grave. ¿Por qué? Porque cuando nos turbamos por las inconsistencias propias y ajenas, es como si el amor de Cristo, su dar la vida hasta la muerte por todos, su humildad, en resumen su santidad, deberíamos ser capaces de vivirlo. En cambio, la experiencia que hacemos, y de la cual debemos aprender, es que no podemos superar nuestra incapacidad para vivir como Jesús, para vivir el Evangelio. Si nos sorprendemos, si estamos escandalizados por el hecho de que los discípulos de Cristo luchan hasta la Última Cena sobre cuál de ellos es el más grande, significa

que no hemos entendido que para seguir verdaderamente a Jesús no debemos resolver nuestra cerrazón sino pedirle a Él la gracia que nos cambia, que nos abre, que nos hace comprender y aceptar el Evangelio. Lo que realmente debe escandalizarnos y especialmente afligirnos no es el hecho de que somos obtusos, sino que no le pedimos a Dios que cambie nuestros corazones, que nos convierta a lo que Él nos llama.

Por esta razón, volviendo a la pregunta que planteé antes, "¿De dónde empieza la unidad de los discípulos de Cristo?", la primera respuesta que debemos dar honestamente es que no comienza por nosotros, no parte de nuestra propia iniciativa, de nuestro esfuerzo y compromiso. La unidad de los discípulos, la unidad de la Iglesia, la unidad de una comunidad, la unidad de una Orden, la unidad de todos los cristianos, y también de toda la humanidad, comienza de hecho en lo que hemos meditado en capítulo 17 de Juan: la oración de Jesús. La unidad de los discípulos comienza con Jesús, que pide al Padre: "Que todos sean uno como tú, Padre, en mí y yo en ti" (Jn 17,21).

Esta oración es el origen y el alimento continuo de la unidad entre nosotros, de la unidad de cada grupo de discípulos, grande o pequeño, reunidos en el nombre de Cristo.

Cuando experimentamos la división en nuestra comunidad, en nuestra Orden, en la Iglesia universal, es importante por lo tanto que no comencemos a pegar los fragmentos del jarrón roto, especialmente si lo hemos roto nosotros mismos. Porque la unidad que fabricamos o reparamos seguirá siendo tan frágil como antes e incluso más que antes. Un florero pegado es más frágil que un florero intacto. La unidad eclesial, la unidad en Cristo es algo mayor y más profundo y, por lo tanto, más sólido, que lo que pretendemos fabricar nosotros mismos.

Pero, ¿qué significa que nuestra unidad tiene origen y alimento en la oración de Jesús? También aquí nos arriesgamos a dar una respuesta superficial. Creemos que la comunión es una sencilla "intención de oración" de Jesús al Padre, como un punto de la lista de intenciones que recitamos en Laudes y Vísperas, o de nuestras intenciones personales. Como, por ejemplo, cuando pedimos la curación de una persona enferma, o que nos salga bien un examen, o que no perdamos la salida del tren.

No, para Jesús, la petición de la unidad de los discípulos, no es una de las muchas intenciones de oración, que también Él tenía, como cuando nos enseñó a pedir "el pan de cada día". La cuestión de la unidad, de la comunión, es mucho más profunda, porque en ella Jesús no pide simplemente "algo" para nosotros: pide la Comunión de la Trinidad para nosotros; Él pide para nosotros lo que une al Padre y al Hijo en el Espíritu. Es decir: ¡lo pide todo, el TODO absoluto!

Así entendemos una cosa fundamental: que la unidad entre nosotros no solo debe recibirse *gracias* a la oración de Jesús, como un *efecto* de la oración de Jesús, sino *con* la oración de Jesús, *en* la oración de Jesús. En otras palabras: nuestra unidad fraterna es Jesús que reza entre nosotros al Padre para hacernos partícipes de la comunión que nos une en la Trinidad.